
Arguedas: *Raza de bronce*

La primera vez que se leen juntas las dos obras más conocidas del boliviano Alcides Arguedas (1879-1946): *Pueblo enfermo* (1909) y *Raza de bronce* (1919), la mera comparación de los títulos y los contenidos produce en el lector la sensación de que se trata de dos libros contrastantes, opuestos. La obra ensayística, tan combatida y aplaudida por su racismo y su denunciacionismo, su positivismo y su moralismo, su debilidad por los regímenes de fuerza, deja un precipitado evidentemente negativo, que refleja la visión idéntica que el autor tenía de su propio país¹. Esa negatividad se extendía a la totalidad de la existencia de Bolivia: a su historia, sus diferentes pueblos, su política. No nos interesa ahora estudiar esas ideas, ni señalar sus fundamentos y sentido. Lo evidente es que la visión de su propio país estaba cargada de pesimismo y que sus denuncias implacables fueron la base del análisis de las «enfermedades sociales» bolivianas. El libro se abría con un título tremebundo: «Pueblo enfermo» y seguía la tradición decimonónica positivista (Comte, Le Bon, Taine), la misma que influía por esos años en Bunge (Argentina), Zumeta (Colombia) o Picabea (España). También ellos —como Arguedas— atribuían a la mezcla de razas, a la ausencia de raza blanca, a los indios, al mestizaje y al clima, los males de sus respectivos países².

Esta visión tan poco favorable del mundo indígena boliviano que da el volumen de 1909, no sólo negativa, sino carente de esperanzas, contrasta, marcadamente, con la que deja la novela. Ya desde el título se hacen visibles las diferencias polares entre ambas obras. Frente a la *enfermedad* («debilidad, degeneración, incapacidad, ineficacia»), lo racial del *bronce* que alude al color de la piel («fuerza, resistencia, poder, salud»). La

¹ Todas las citas de esta obra remiten a *Pueblo enfermo* (La Paz: Gisbert y Cia., 1979). Cuando citamos la novela lo hacemos por *Raza de bronce* (Buenos Aires: Losada, 1979), 6.ª edición. Las referencias a *La Danza de las Sombras* son de A. ARGUEDAS, *Obras completas* (México: Aguilar, 1959-1960, 2 vols.) vol. I. Ya Juan Albarracín Millán indicó: «Si trasladáramos este análisis psicosocial de *Pueblo enfermo* a los componentes raciales de *Raza de bronce*, veríamos sorprendidos cómo el planteamiento de 1919, es llanamente un cuadro invertido del de 1909. No dio cuenta [Arguedas] de este cambio en sus escritos, lo expuso sin molestarse en explicarlo», en *El gran debate. Positivismos e irracionales en el estudio de la sociedad boliviana* (La Paz: Ed. Universo, 1978), pág. 154.

Quiero agradecer aquí a mi colega y amiga, la doctora Martha Martínez, el haberme facilitado numerosos libros y publicaciones aparecidas en Chile, Perú y Bolivia existentes en su biblioteca particular, que son de muy difícil acceso.

² Sobre las ideas de ARGUEDAS véase G. FRANCOVICH, *El pensamiento boliviano en el siglo XX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1956), págs. 40-43; W. R. CRAWFORD, *A Century of Latin American Thought* (Boston: Harvard University Press, 1961, 2.ª ed.), págs. 106-108; M. S. STABB, *In Quest of Identity* (Chapel Hill: North Carolina Press, 1967), cap. 2: «The Sick Continent and its Diagnosticians». Sobre ARGUEDAS escribieron RAMIRO DE MAEZTU (que prologó la primera edición de *Pueblo enfermo*); MIGUEL DE UNAMUNO, que fue amigo personal del escritor; RAFAEL ALTAMIRA (en el prólogo a la ed. de 1923 de la

lectura de la novela entrega una visión mucho más positiva y dinámica del indio y de su mundo. Esta visión tiene dos aspectos, que deben ser separados. Por una parte, Arguedas describe, *por dentro*, el funcionamiento social e individual de una comunidad indígena, con sus individuos, jefes, valores, trabajos, fiestas, religión, conocimientos de la naturaleza, leyes, costumbres, lenguaje. Por otra, muestra cómo esa comunidad es atacada (agredida y explotada) por los blancos y sus cómplices (los cholos, administradores, políticos, comerciantes, la Iglesia), y cómo reacciona ferozmente en un levantamiento que supondrá un uso legítimo de la violencia, y una probable y terrible represión posterior. Y una distinción necesaria. Mientras el ensayo analiza la totalidad de la realidad nacional boliviana (desde la geografía, las razas, la política y la historia), la novela se limita a presentar la comunidad indígena aymara, en su compleja situación social e histórica.

Estas son las conclusiones de una primera lectura. Cuando se examinan detenidamente ambas obras, sin embargo, debe matizarse esta observación señalando algo concreto: en *Pueblo enfermo* están, en agraz, todos los aspectos que la novela desarrollará dramáticamente por medio de personajes, situaciones y diálogos. En un pasaje de esta obra dedicado a describir el habitante de la pampa interandina, el indio aymara, Arguedas describe su psicología —en correspondencia con el hosco paisaje que habita— y su vida durísima, desde la niñez hasta la tumba. Un buen espacio está dedicado a la mujer aymara; allí se adelanta el sentido del título de la novela:

«La mujer observa la misma vida y, en ocasiones, sus faenas son más rudas. En sus odios es tan exaltada como el varón... Ruda y torpe, se siente amada cuando recibe golpes del macho, de lo contrario, para ella no tiene valor un hombre. Hipócrita y solapada, quiere como la fiera, y arrostra por su amante todos los peligros. En los combates lucha a su lado, incitándole con el ejemplo, dándole valor para resistir. La primera en dar cara al enemigo y la última en retirarse

novela citada); JOSÉ E. RODÓ, etc. MARIANO BAPTISTA GUMUCIO, *Alcides Arguedas* (La Paz-Cochabamba: Los Amigos del Libro, 1979), ha recogido numerosos juicios de compatriotas sobre ARGUEDAS. Polémica y política, la obra y la vida del escritor han estado sometidas en Bolivia a duros ataques provenientes de la izquierda y de los sectores nacionalistas (Díez de Medina, Medinaceli, Navarro, Marcos Domic, etc.) Y todavía hoy se habla de «arguedismo» como una corriente ideológica denigrativa de la tradición nacional y vendida al imperialismo y a los intereses de la llamada «Rosca». Debe decirse, sin embargo, que ARGUEDAS reconoció en varios lugares de sus escritos que recibió dinero del millonario del estaño, Patiño, con lo cual disfrutó de la paz necesaria para escribir su vasta historia de Bolivia. Pero no es este lugar para examinar la variada —y a veces cambiante— postura ideológica de nuestro escritor. Nos atendremos a lo que se indica en su novela.

Sobre los últimos años de Arguedas, véase A. A., *Etapas de la vida de un escritor* (La Paz: Talleres Gráficos Bolivianos, 1963), vol. I, prólogo y notas de Moisés Alcázar, donde se editan por vez primera numerosos pasajes del *Diario* inédito que Arguedas dispuso fuera publicado en 1996. Desgraciadamente, en esta edición se han borrado los nombres personales a los que el autor hace referencia. En pág. 155, Arguedas anota que el 13 de enero de 1945, «... he tomado un coche y, a carrera, he ido a entregar al gerente de la editorial Losada, Guillermo de Torre, el ejemplar corregido de *Raza de bronce* para una nueva edición en la colección barata de Contemporánea... Saldrá el libro en marzo». Lo que confirma lo señalado por Gordon Brotherston, «A. A. as a "Defender of Indians" in the First and Later Edition of *Raza de Bronce*», *Romance Notes*, XIII (1971), págs. 41-47, de que hay importantes diferencias textuales entre las distintas ediciones de la novela, cosa que no puedo comprobar aquí. Nos atendremos a la edición corregida publicada por Losada en 1946, repetida *me varietur* por esa editorial.

de la derrota, jamás se muestra ufana de triunfo. Cuando crueles inquietudes turban la paz de su hogar, no se queja, no demanda consuelo ni piedad a nadie, y sufre y llora sola.

Fuerte, aguerrida, sus músculos elásticos tienen solidez de bronce batido. Desconoce esas enfermedades de que están llenas nuestras mujeres por el abuso del corsé y el desmedido gasto de perfumes y polvos. Sus nervios no vibran ni con el dolor ni con el placer. Engendra casi cada año, y da a luz sin tomar precauciones, y jamás se dislocan sus entrañas, forjadas para concebir fruto sólido y fuerte. Hacendosa, diligente, emprende viajes continuos y va en pos de sus caravanas haciendo 40 ó 50 kilómetros diarios, sin fatiga ni alarde» (págs. 52-53).

Recuérdese el pasaje de *Raza de bronce*, donde se justifica el título de la obra por boca del patrón, Pantoja, después que el grupo de los blancos intenta violar a Wata-Wara y ella muere de los golpes:

«—Al verla tan fina nadie hubiera sospechado que esa salvaje tuviese tanta fuerza. Yo la cogí por la cintura y quise echarla al suelo, pero no pude. Es una raza de bronce— confesó Pantoja» (pág. 254).

En el capítulo II del ensayo están además adelantados la trama total de la novela y hasta la fría indignación que parece mover la pluma del autor en su defensa de los indígenas. Para no alargar demasiado estas páginas indicaremos sólo algunos pasajes claves. La novela parece evocar una época de malas cosechas semejante a las crisis agrícolas de los años 1898-1905 de que se habla en ese capítulo del ensayo:

«Los indios, como no tienen la precaución de almacenar sus cosechas en previsión de malos años, sólo producen lo estrictamente indispensable... cayeron en vergonzante indigencia, hasta el punto de que... se vieron forzados a refugiarse en la ciudad en busca de trabajo... a mendigar por las calles y plazas mostrando sus cuerpos enflaquecidos en largos años de privaciones» (págs. 53-54.)

Confróntese con el capítulo VI de la segunda parte de la novela. El ensayo señala además que las malas cosechas fueron interpretadas por los sacerdotes como «enojos de Dios contra la decaída raza... por inobediente, poco sumisa y poco obsequiosa» (pág. 54), cosa que se repite en el sermón del cura Pizarro (*Raza de bronce*, págs. 191-192). El ensayo en el mismo lugar indica la necesidad de rotar los cultivos y proteger las especies en desaparición, idea que en la novela expresa Suárez (págs. 202-204). El final terrible, no descrito, pero aludido en la novela, ya está adelantado como hecho habitual en el ensayo:

«Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extreman hasta el punto de que padecer más sale de las lindes de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de conservación y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz... La idea de la represión y el castigo apenas si le atemoriza, y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después, cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan soldados, curas y jueces y que también maten y roben... ¡no importa!» (pág. 56.)

En *Pueblo enfermo*, como ejemplo de la servidumbre a la que está obligado el indio en manos de los blancos, leemos:

«Se alquila un *pongo* con *taquia*. Llámese *pongo* al colono de una hacienda que va a servir por una semana a la casa del patrón en la ciudad, y *taquia* la bosta de ovejas y llamas que se recoge, se hace secar al sol y luego se emplea como combustible» (pág. 63).

En la novela será el dueño de la hacienda el que pone un aviso idéntico: «Pablo Pantoja alquila pongos con *taquia*» (pág. 158).

Hasta la visión del paisaje de la meseta alta en el ensayo semeja el de la novela, destacando su rudeza, su insoportabilidad para el hombre, su poder de hacer del indio un ser introvertido, solitario: «Moralmente el indio es un gran solitario, un esquivo, un desdeñoso» (pág. 64). Y reiteradamente se comenta allí su biografía de trabajos constantes: «El indio trabaja desde los dos años, hasta que revienta» (pág. 50).

Ejecución

La obra novelesca, como ha escrito el mismo Arguedas, es producto de dos décadas largas de trabajo. Su primer esbozo, imperfecto, fue una breve obrilla narrativa titulada *Wata-Wara* (1904). La primera edición apareció en 1919; la siguiente en 1924, y la tercera, y definitiva, es la terminada en 1945 y editada en 1946. Al final de esta última, Arguedas aclara su intención frente al problema indígena³.

De aquí debe extraerse una conclusión necesaria: es un libro no improvisado, ni apresurado. Tuvo una larga ejecución y hay allí detalles de composición, de estilo, de ideas, que prueban una cuidada elaboración literaria y conceptual. Por eso se escribe nuestro estudio.

En general, la crítica ha tratado superficialmente la novela de Arguedas. Unas veces, por el hecho de ser una obra realista; otras, por muy comunes razones político-ideológicas, se la ha leído apresuradamente y se le ha concedido muy poca importancia. La crítica boliviana, tan influida por lo ideológico o las disputas políticas, aun reconociendo la importancia de Arguedas dentro de la historia cultural del país, la ha leído siempre o casi siempre de modo superficial⁴. Creemos, sin embargo, que es un libro rico en perspectivas, poderoso, justo, duro como el mundo que describe. No es sólo la obra que inicia la novela indigenista (a pesar del texto desvaído de Clorinda Matto de Turner, *Aves sin nido*, 1889), es también, todavía hoy, la más exacta pintura objetiva de una clase social y de una comunidad indígena, en su medio

³ Sobre la ejecución e intenciones de la obra véase *La danza de las sombras*, ed. cit., pág. 634-636; detalles sobre ediciones en *Pueblo enfermo*, ed. cit., págs. 77-79. Una nota final del autor acota la importancia que la novela pudo haber tenido en el cambio de actitud de los gobiernos bolivianos frente al indio: «Este libro ha debido en más de veinte años obrar lentamente en la conciencia nacional, porque de entonces a esta parte y sobre todo en estos últimos tiempos, muchos han sido los afanes de los poderes públicos para dictar leyes protectoras del indio, así como muchos son los terratenientes que han introducido maquinaria agrícola para la labor de sus campos, abolida la prestación gratuita de ciertos servicios (*pongaje* y *mita*) y levantado escuelas en sus fundos.»

«Un congreso indigenista tenido en mayo de este año de 1945 y proijado por el Gobierno, ha adoptado resoluciones de tal naturaleza que el paria de ayer va en camino de convertirse en señor de mañana...», pág. 266.

⁴ Véanse, por ejemplo, las historias de la novela hispanoamericana de F. ALEGRIA, 6.ª ed. (México: De Andrea, 1974), que el concede apenas media página, y O. C. GOIC, (Valparaíso: Ed. Universidad de Valparaíso, 1972), que la menciona entre la «Generación mundonovista». ANDERSON IMBERT, en su